



## Los últimos intentos expansionistas

El Tratado de Guadalupe significó un cambio fundamental en la historia de México. En el Tratado México perdió la mitad de su territorio como castigo a tres agravios: no reconocer la Independencia de Texas, ni su anexión a los Estados Unidos; negarse a vender territorio y atrasarse en el pago de algo más de tres millones de pesos. Hasta el último momento los mexicanos habían confiado que los norteamericanos no se atreverían a cometer lo que ellos consideraban una injusticia tan clara. La opinión pública pedía la guerra, es verdad, pero el Gobierno que conocía la debilidad financiera y militar de México se abstuvo siempre de provocarla. Las facciones políticas, dentro de una lógica que tal vez es difícil desentrañar, pretendieron aprovechar el momento para lograr el poder e impidieron la natural unión que surge ante un peligro externo, hecho explicado comúnmente como prueba de la inexistencia de una nación, pero desmentido por la resistencia que opuso la gente común a la ocupación, aún careciendo de dirigentes y sin elementos.

Los historiadores norteamericanos han insistido en que los mexicanos tenían confianza en su superioridad militar y por eso buscaron la guerra. La afirmación no parece tener más fundamento que la ocasional retórica de prensa, pues las *Memorias* de la Secretaría de Guerra insisten una y otra vez a lo largo de dos décadas en la insuficiencia de las tropas, su falta de entrenamiento, disciplina, de armamento y de toda clase de servicios. Antes de que se hicieran análisis de las finanzas mexicanas se solía acusar al ejército de haber dilapidado el presupuesto de la Nación. Ahora sabemos que el presupuesto del ejército disminuyó en relación inversa al peligro externo. El servicio de la deuda pública (semi interna, pues gran parte de los usureros eran extranjeros), fue el que se mantuvo en aumento constante y absorbió la mayor parte del presupuesto. La derrota era previsible para los políticos, pero en la población provocó un trauma devastador. La confrontación con la amarga realidad forzó a las facciones



James Knox Polk continuó con los intentos expansionistas de los presidentes que le antecedieron.

a definir sus ideas, su proyecto de nación y a convertirse en verdaderos partidos políticos que lucharían por la supremacía en un largo y cruel enfrentamiento 1858-1867, en el que resultarían ganadores los liberales.

Para los Estados Unidos, en cambio, el resultado de la guerra superaba los sueños de sus fundadores al otorgarle los fundamentos para convertirse en una verdadera potencia continental.<sup>1</sup> El territorio obtenido significaba no sólo increíbles recursos y asilo para atraer millones de inmigrantes, sino también la ampliación de sus horizontes hacia el Pacífico. No obstante, no todos se mostraron satisfechos. Unos deploraban los altos costos de la guerra —unos 100 millones de dólares, con unas 13 mil bajas—<sup>1</sup>, mientras otros consideraban insuficientes las anexiones logradas, pues anhelaban todo México, o por lo menos el territorio hasta la Sierra Madre. El propio Polk se había consolado con la posibilidad de anexar Yucatán y comprar Cuba, pero vio fracasar los dos proyectos. Yucatán había pedido su anexión en 1847 —como lo había hecho también a España y Gran Bretaña—, en los momentos más trágicos de su guerra de castas. No obstante, después

<sup>1</sup> Karl Schmitt, *México and the United States, 1821-1973*. Nueva York, John Wiley and Sons, 1974, p. 67.

de firmada la paz, al recibir el auxilio el Gobierno mexicano, no tardó en reincorporarse a la federación mexicana. En cuanto a Cuba, España despreció las tentadoras ofertas norteamericanas. Los expansionistas, y sobre todo aventureros aislados, decidieron entonces actuar por su cuenta y tomar los territorios deseados.

El expansionismo había mitigado las tensiones secesionistas entre el Norte y el Sur, pero una vez satisfecha la incorporación de Texas, Oregon, California y Nuevo México, el mismo territorio anexado agudizó el dilema insoluble entre una mayoría abolicionista y una minoría esclavista, que entre 1861 y 1865, desencadenaría el conflicto decisivo entre las dos concepciones de nación.

### **La violación del Tratado**

Después de la renuncia de Santa Anna a la Presidencia, durante la ocupación de la ciudad de México por el ejército norteamericano, el Gobierno quedó en manos de los "moderados", quienes con un gran espíritu de servicio, arrojaron toda clase de sacrificios para restaurar las instituciones, restablecer una unidad precaria y reorganizar la hacienda y el ejército. La vieja retórica rimbombante de los Santa Annas y Paredes, dio paso a la simple reafirmación de que el país, aunque mutilado, seguía existiendo y ello permitiría construir un futuro mejor.

Pero México no pudo consolidar su estabilidad. Eventos internos y externos continuaron combinándose para impedirlo, y turbaron la esperanza moderada de que el Tratado de Guadalupe se convirtiera en la base para el mejoramiento real de las relaciones de México con su ambicioso vecino. Los hechos probarían pronto cuán falsas eran esas ilusiones, y el propio Tratado daría lugar a nuevos problemas.

Varios de los artículos del Tratado de Guadalupe fueron violados por los Estados Unidos. El empeño de los comisionados para garantizar los derechos de los mexicanos resultaron inútiles, como también lo fue la única ganancia mexicana en el documento: el Artículo 11 que garantizaba la defensa de la frontera de ataques indígenas. Además se iniciaron ataques filibusteros en la frontera, y se presentaron nuevas reclamaciones norteamericanas, en especial una supuesta concesión para construir un ferrocarril en Tehuantepec.

Después de reorganizar la administración pública y asistir a Yucatán para solucionar la lucha con los mayas rebeldes, una de las primeras

preocupaciones del Gobierno mexicano fue el proveer asistencia a los mexicanos de los territorios perdidos, para que pudieran trasladarse al país, si así lo deseaban y en cuanto se recibieron los primeros 3 millones de la indemnización, el Gobierno destinó 200,000 para ayudar a la repatriación. Para ello fueron enviados tres comisionados a Texas, Nuevo México y California, ya que la situación de cada uno difería, lo cual no obstaba para que en las tres, los mexicanos fueran víctimas de ataques a sus derechos.

Los habitantes de Nuevo México fueron las primeras víctimas del atropello. Desde la ocupación misma del territorio, el general Kearny declaró anexada la provincia a los Estados Unidos, y a sus habitantes, ciudadanos norteamericanos, lo que le permitía acusarlos de traición en caso de rebelión contra sus invasores. Sus diversas expresiones de descontento fueron clasificadas como insurrecciones indígenas, tal vez por un etnocentrismo incapaz de concebir, que alguien que no fuera indígena, prefiriera otras instituciones a las norteamericanas. Lo cierto es que el descontento en Nuevo México era general y gran parte de la población estaba lista a trasladarse a territorio nacional.

El comisionado mexicano, destinado a auxiliar la repatriación en Nuevo México, fue el Gobernador de Chihuahua, Ramón Ortiz, quien llegó en abril de 1849 a tratar de cumplir con su misión. Al principio fue recibido con cordialidad por el Gobernador norteamericano, que cambió su actitud al constatar el gran número de mexicanos que pretendía salir. El Gobernador norteamericano no tardó en impedir a Ortiz proseguir su misión con el pretexto de que causaba malestar. Se obstaculizaron todos sus intentos de dar a conocer la ayuda que el Gobierno prometía para aquellos decididos a partir y lo único que pudo hacer fue trasladar un número limitado de familias a La Mesilla.

Informado el Gobierno mexicano de la situación, por los canales correspondientes, se quejó ante el Gobierno norteamericano.

El Secretario de Estado no tardó en contestar —mediante una nota del Secretario de Guerra—, que el Artículo 8 del Tratado, no contemplaba el derecho de recibir comisionados. Los esfuerzos del Gobierno mexicano resultaron inútiles y muchos mexicanos, por no saber leer, no tener acceso a la información, o por falta de autoridad que los inscribiera, pasaron a ser ciudadanos norteamericanos en contra de su voluntad.

En California, la historia fue diferente, pero también con abiertas violaciones al Tratado. El fértil y rico territorio tenía menos habitantes que Nuevo México, y aunque mexicanos y extranjeros habían convivido en

armonía antes de la guerra, apenas anexada la provincia a los Estados Unidos, los mexicanos se convirtieron de hecho en ciudadanos de segunda clase, en violación clara a lo previsto en el Tratado de Paz. La riqueza, buen clima, excelentes puertos, y la publicidad al hecho de la existencia de placeres de oro, hizo que gente de todo el mundo desafiara desiertos y mares para llegar a California, que en unos meses duplicó su población y en sólo tres años tenía la suficiente para convertirse en un Estado de la Unión Americana.

Los aventureros y colonizadores, procedentes de los cuatro puntos cardinales, transformaron la vida tranquila de los viejos habitantes, y los hizo víctimas de la enajenación de sus fundos mineros, sus haciendas, y en general de sus propiedades, que en los artículos del Tratado de Guadalupe habían quedado ampliamente garantizados. La afluencia de tantos extraños hizo que las autoridades norteamericanas, deseosas de proteger las ambiciones de sus propios ciudadanos, exigieran a los extranjeros una licencia para trabajar en las minas, y para ese propósito, los mexicanos fueron considerados extraños en su propia tierra.

No obstante, la fuente de la mayor parte de las violaciones derivó de un decreto del Congreso de los Estados Unidos, del 3 de marzo de 1851, que exigía la presentación de los títulos de propiedad —mexicanos o españoles—, para determinar su legitimidad. La ley sirvió para propiciar toda clase de abusos. Era fácil declarar inválido cualquier título, demasiado oneroso afrontar un litigio para probar su legitimidad o simplemente no se podían pagar “las mejoras” hechas por los invasores de una propiedad, cuando se conseguía ganar la demanda y se ordenaba su devolución.

También en este caso, el Gobierno mexicano se ocupó de elevar constantes protestas, las cuales fueron siempre ignoradas. La injusticia de negar a pacíficos ciudadanos mexicanos los mínimos derechos que supuestamente les concedía la Constitución de los Estados Unidos, los orilló a vivir al margen de la ley y a recurrir a la violencia. No fue raro, además, el caso de linchamiento de mexicanos y los ataques de grupos de norteamericanos a las poblaciones fronterizas mexicanas.

Desde un punto de vista más general, la violación más importante fue la del Artículo 11 del Tratado de Guadalupe, cuyas principales provisiones eran:

En atención a que gran parte de los territorios que por el presente tratado van a quedar... dentro de los límites de los E.U., se halla... ocupada por tribus salvajes... está solemnemente convenido que el mismo Gobierno de los E.U., contendrá las indicadas incursiones por

medio de la fuerza, siempre que así sea necesario; y, *cuando no pudiera prevenirlos*, castigará y escarmentará a los invasores, *exigiéndoles además la debida reparación...*

No obstante esta garantía de defensa, el Gobierno trató de favorecer el poblamiento de la frontera y una Ley de Colonización expedida en julio de 1848, preveía la formación de 18 colonias militares en las tres zonas en que se dividió la frontera para su defensa: la del Este, Tamaulipas; la Central, Coahuila y Chihuahua; y la del Oeste, Sonora y Baja California. Las colonias pretendían colonizar las tierras fronterizas con militares y sus familias para lo cual el Gobierno les prestaría apoyo financiero. Se lograron fundar 9 para 1850, pero la escasez de recursos y los ataques violentos de los indios terminaron por hacerlas desaparecer.

Otra medida para fortalecer el poblamiento de la faja fronteriza condujo a firmar tratados con grupos indígenas norteamericanos, otorgando permiso a grupos sedentarios para establecerse en el lado mexicano. Tal acuerdo permitió el asentamiento de Seminoles y Muskogees en Chihuahua<sup>2</sup>.

Pero las medidas no lograron detener los ataques de los indígenas que se adentraron hasta Zacatecas. Al viejo problema de incursiones de indios nómadas se sumó la política norteamericana de desplazar a muchas tribus hacia el Oeste, dando origen a los choques entre estos recién llegados y las antiguas tribus. Sin duda los indios fueron las mayores víctimas del expansionismo norteamericano, pues sufrieron un desplazamiento violento a lo largo del siglo XIX. Texas no tardó en negarles todo derecho y obligarlos a emigrar y muchos grupos buscaron refugio en México, y se asentaron pacíficamente, pero otros vagaron y sobrevivieron precariamente, obligados a robar ganado para compradores texanos.

Los Estados Unidos no hicieron mayores esfuerzos por cumplir con el compromiso del Artículo 11 en parte, según afirma Fred Rippy, porque el Departamento de Asuntos Indígenas carecía de recursos y organización, pero ello mismo era violación del acuerdo, puesto que en el Tratado de Guadalupe se habían comprometido a establecer las agencias necesarias para evitar la violación de la frontera<sup>3</sup>. El Gobierno mexicano llegó a acumular 366 reclamaciones con un costo de 32 millones, que presentaría ante la Comisión Mixta de Reclamaciones establecida en 1868, sin que los norteamericanos aceptaran su discusión. La posición norteamericana a

<sup>2</sup> *Informe de la Comisión Pesquisadora del norte al ejecutivo de la Unión en cumplimiento de la ley de 30 de septiembre de 1872*. México, Imprenta Eco de Dos Mundos, 1875.

<sup>3</sup> Fred Rippy, *The United States and México*. Nueva York, F. S. Crofts and Co., 1931, pp. 68-84.

partir de 1851 fue que el Gobierno proporcionaba a México la misma protección que la otorgada a sus propios ciudadanos y que el Tratado no contemplaba reparaciones. Mas todo el tiempo les pesó el compromiso adquirido y el Gobierno norteamericano ofreció indemnización por la anulación de la cláusula.

El último de los problemas que provocó la aplicación del Tratado derivó del Artículo 5, y del uso del mapa de Disturnell en el trazo de la nueva frontera entre los dos países, fijado en la parte más profunda del Río Grande

Hasta el punto en que dicho río corta el lindero meridional de Nuevo México; continuará luego hacia Occidente por todo este lindero meridional (que corre al norte del pueblo llamado Paso) hasta su término por el lado del occidente: desde allí subiría la línea divisoria hacia el norte del lindero occidente de Nuevo México, hasta donde este lindero está cortado por el primer brazo del río Gila (y si no está cortado por ningún brazo del río Gila, entonces hasta el punto del mismo lindero occidental más cercano al tal brazo y de allí en una línea recta al mismo brazo), continuará después por la mitad de este brazo y del río Gila hasta su confluencia con el río Colorado; y desde la confluencia de ambos ríos la línea divisora, cortando el Colorado, seguirá el límite que separa la Alta de la Baja California hasta el Mar Pacífico.

Los linderos meridional y occidental de Nuevo México... son las que marcan en la carta titulada "Mapa de los E.U. de México, según lo organizado y definido por las varias actas del Congreso de dicha República, y construido por las mejores." Edición revisada que publicó la N.Y. en 1847 J. Disturnell...

Problemas políticos retardaron el nombramiento de la Comisión norteamericana para fijar los límites, por lo que no pudo reunirse en San Diego con la mexicana hasta julio de 1849. Después de toda clase de obstáculos, en octubre, la Comisión conjunta se puso de acuerdo en la localización del punto para erigir el primer monumento. Se preparó un documento en los dos idiomas, se introdujo en una botella y se enterró en ese lugar. Para enero de 1850 se había marcado el límite de las Californias, hasta la confluencia de los ríos Colorado y Gila.

Los trabajos se pospusieron hasta junio con una cita en El Paso. La Comisión norteamericana, distraída en la especulación de tierras, volvió a retrasarse y los trabajos se reanudaron en diciembre. Pronto fue evidente un error en el mapa de Disturnell que situaba El Paso al noroeste de su localización real. La Comisión logró hacer un compromiso, pero el Senado

norteamericano no lo aceptó, pues resultaba una oportunidad para mover la frontera hacia el sur. Los expansionistas sureños mostraban interés en promover la construcción de un ferrocarril interoceánico que uniera los estados sureños con California, y el trazo proyectado cruzaba la Mesilla, es decir, territorio que había quedado del lado mexicano. La Mesilla había servido de refugio a los mexicanos repatriados, pero por ser un valle fértil en medio de tierras áridas, no había tardado en atraer también a muchos norteamericanos que, con pretexto de los errores del mapa de Disturnell, empezaron a reclamarlo como norteamericano.

Desde fines de 1848, los norteamericanos habían ocupado Isleta, Socorro y San Lazario, tres islas que quedaban al lado sur de la línea fronteriza y además el Gobernador de Nuevo México reclamaba autoridad sobre el territorio de La Mesilla, provocando un enfrentamiento con el Gobernador de Chihuahua<sup>4</sup>.

El Gobierno mexicano elevó sus protestas ante el Gobierno norteamericano. El Secretario de Estado, Jefferson Davis, removió al Gobernador de Nuevo México, pero como deseaba la obtención de La Mesilla, para el proyecto sureño del ferrocarril interoceánico, decidió nombrar un nuevo Ministro en México con instrucciones para resolver los múltiples problemas que se habían acumulado. La elección para el cargo del empresario ferrocarrilero sureño, James Gadsden, era elocuente de las intenciones norteamericanas<sup>5</sup>.

### Los problemas del noreste

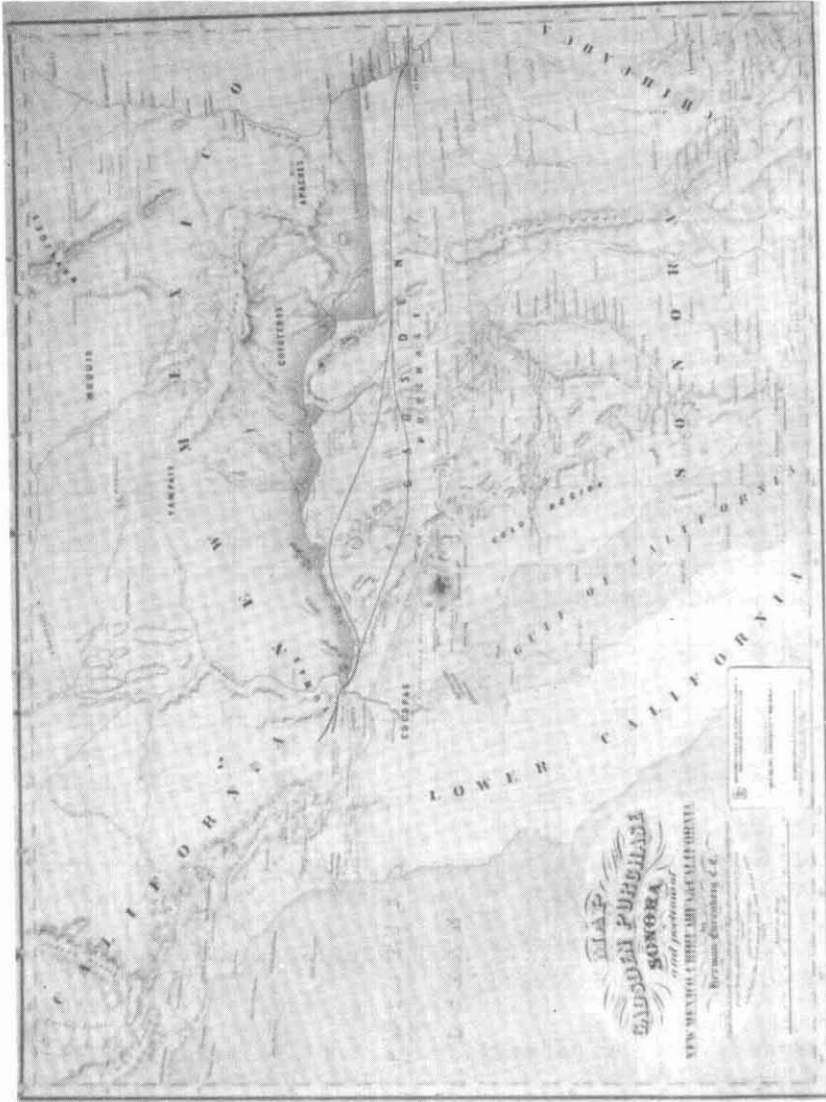
Por primera vez desde la Independencia, eran los mexicanos los que habían acumulado reclamaciones contra el Gobierno norteamericano. Además de las violaciones al Tratado de Guadalupe, el Gobierno mexicano se quejó continuamente de la no aplicación de las leyes de neutralidad de los Estados Unidos, que permitían los amagos de disidentes mexicanos en el noreste, y de ataques filibusteros en el noroeste.

El traspaso de la frontera norte del Río Nueces al Río Grande, no fue obstáculo para que ese territorio habitado casi exclusivamente por mexicanos continuara en contacto estrecho con las "villas del norte", de manera que se mantuviera una gran interdependencia. La familiaridad de los

<sup>4</sup> Donathon Olliff, *Reform México, and the United States. A Search for Alternatives to Annexation, 1854-1861*. Alabama, The University of Alabama Press, 1982, pp. 39-50.

<sup>5</sup> Paul D. Garber, *The Gadsden Treaty*. Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1923, pp. 70-74.





Mapa de la compra de La Mesilla que negoció el empresario ferrocarrilero James Gadsden.

habitantes de los dos lados de la frontera facilitó la inauguración de un fenómeno que probaría ser persistente: los disidentes mexicanos podrían refugiarse del otro lado del río y desde ahí organizar sus ataques una vez obtenidos los recursos necesarios.

Desde la Independencia de Texas, los habitantes de las villas del norte habían desarrollado un intenso comercio ilegal con los texanos que se vio afectado por el nuevo control que el Gobierno mexicano se veía forzado a imponer, lo que dio origen a rebeliones contra los altos impuestos. Este descontento se agravó por el hecho de que algunos de los mexicanos de la frontera que tenían bienes raíces del otro lado, con la afluencia de inmigrantes pudieron venderlos a buenos precios y pretendieron utilizar su dinero para introducir mercancías. Ese precisamente era el caso del viejo e inquieto federalista José María Carvajal, nacido en San Antonio, pero que había decidido ser ciudadano mexicano. Después de liquidar sus propiedades, convirtió su ganancia en mercancías y pidió permiso para importarlas al país libre de impuestos. Dada su notoriedad y el hecho de que en efecto el Tratado había afectado sus intereses, pudo obtener la franquicia, pero la magnitud de su importación era tal, que el Inspector aduanal detuvo su cargamento. Carvajal, viejo federalista, fogueado en las luchas por más de una década, decidió rebelarse. Como lo había hecho antaño, recurrió al apoyo de los comerciantes de Brownsville, afectados por el proteccionismo mexicano para enganchar aventureros norteamericanos en Texas o Nueva Orleans. De manera que no tardó en atacar las villas de Guerrero y Mier, y aun intentó tomar Matamoros. No fue fácil derrotarlo, porque cada vez que se veía en peligro cruzaba el río y sin que nadie lo molestara preparaba un nuevo ataque<sup>6</sup>.

Los expansionistas norteamericanos del suroeste se percataron del descontento mexicano en las villas del norte, y trataron de capitalizarlo para favorecer sus planes de anexión de los estados fronterizos. La semilla estaba fértil, pues como se mencionó, durante la guerra el ejército norteamericano había tratado de revivir el viejo proyecto concebido por el texano George Fisher, y el periodista de Nueva Orleans, Luis de Santángelo, para crear la "República del Río Grande". Después de la firma del Tratado de Guadalupe, muchos expansionistas desilusionados del suroeste y en especial de Nueva Orleans, empezaron a maquinarse la separación de la tierra ambicionada hasta la Sierra Madre y rebautizaron su viejo proyecto con ese nombre. Para lograrlo iniciaron su campaña en busca de descontentos que sirvieran su causa.

<sup>6</sup> *La crónica de los pueblos hispanoamericanos* (Nueva York), 27 de marzo de 1852; Antonio Canales a W.J. Harney. Camargo, 27 de febrero de 1852 y Harney a Canales. Roma, Texas, 29 de abril de 1852, AHDN, XI/481. 3/3164, pp. 40-43.



El Presidente Constitucional Mariano Arista fue blanco de injustos ataques e intrigas que lo implicaron en el movimiento secesionista.

El hecho de que Carvajal hubiera sido mencionado con el viejo proyecto de la República del Río Grande, contara con apoyo de comerciantes texanos y utilizara aventureros norteamericanos en sus correrías, dio origen a sospechas de que estuviera complicado en el proyecto secesionista. Rumores y artículos reproducidos de periódicos norteamericanos, cuya intención era crear el ambiente propicio para el proyecto, fomentaron cierta preocupación en México, pero al final le dio al asunto su justa dimensión. Los cónsules mexicanos enviaron documentos, incluso el borrador para una declaración de Independencia de los siete estados septentrionales que supuestamente formarían la República de la Sierra Madre. Es muy probable que la declaración haya sido redactada en Nueva Orleans, semillero de conspiraciones, pero apareció publicada en Texas en junio de 1849. Se trata de un documento típicamente norteamericano, que no guarda la más mínima semejanza con el Plan de la Loba lanzado por Carvajal en 1851. Algunos de los observadores del escenario fronterizo como Casimiro Gómez Farías, funcionario de la Aduana de Matamoros por entonces, y el comisionado militar, Luis Robles, enviado a Texas para pedir la aplicación de las leyes de neutralidad en el caso de Carvajal<sup>7</sup>, se dieron

<sup>7</sup> Luis Robles a Guerra, 28 de diciembre de 1851, AHDN, *Ibidem*, pp. 19-27.

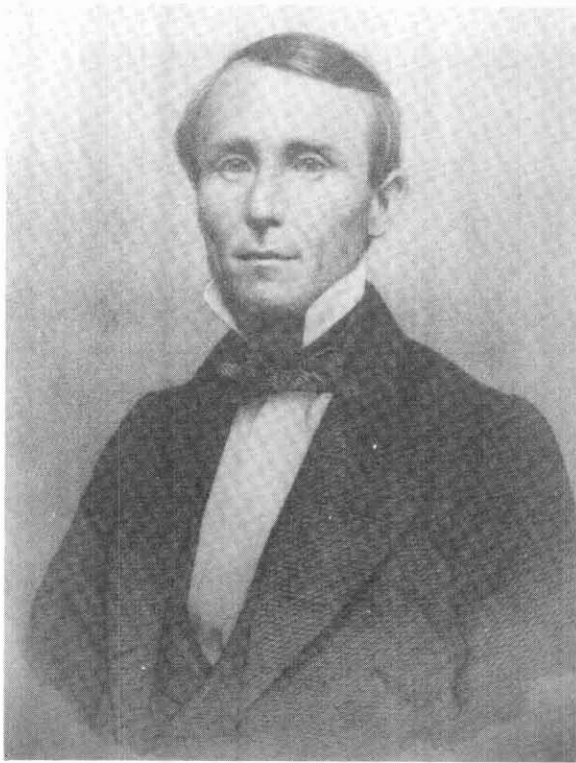
cuenta de que el movimiento era antiarancelista y que no eran justas las acusaciones de secesionismo, que sin duda era muy efectivas y se lanzaron hasta en contra del Presidente Mariano Arista.

El apoyo de las autoridades militares norteamericanas fue neutralizado por la actitud de las autoridades judiciales, ya que el proyecto de una república independiente que eventualmente repitiera el ejemplo texano, gozaba de amplia simpatía. El Congreso comprendió la cuestión y para tranquilizar la zona y estimular su poblamiento declaró en 1851 a Matamoros puerto libre. Más tarde la franquicia se extendió a la franja comprendida hasta Laredo, lo que en verdad incidió en el crecimiento e importancia de Monterrey, aunque dio origen a fricciones con los Estados Unidos.

### **Los problemas del noroeste. El filibusterismo**

En el noroeste las circunstancias eran totalmente diferentes. California había atraído toda clase de aventureros y maleantes, dispuestos a participar en cualquier plan que prometiera ganancias. Las autoridades mismas favorecían proyectos dirigidos a apoderarse de Sonora y Baja California, blancos favoritos por la cercanía y la posible existencia de oro. Las expediciones se multiplicaron, pero los dos intentos más molestos fueron los del francés Gastón Raousset de Boulbon, y los del norteamericano William Walker. Raousset que había llegado tarde al sueño de oro californiano, buscaba alternativas a su ambición. Como se percató del descontento que reinaba entre sus compatriotas que sufrían discriminaciones en California, decidió aprovecharlo para internarse en Sonora y fundar una nación independiente. En 1852 simuló aceptar un contrato minero mexicano, y una vez en Sonora, se lanzó a apoderarse de la capital, Hermosillo. Vencido por las autoridades locales, logró huir y hacer dos intentos más, siendo fusilado en el tercero.

William Walker representó un peligro mayor por su nacionalidad y popularidad en una región tan inquieta. El plan de Walker era flexible, provocar una guerra a la manera de Polk, para exigir territorios en el tratado de paz o bien repetir el ejemplo texano. Al desembarcar en Guaymas en 1853, pretendió haber sido contratado para combatir apaches, pero la experiencia de las autoridades sonorenses, con las molestas incursiones filibusteras, hicieron que se le negara la entrada, lo que lo obligó a merodear La Paz, Cabo San Lucas y Ensenada, desde donde trató de organizar el asalto que le permitiera fundar la República de Sonora, para la cual había estado vendiendo bonos. Las autoridades mexicanas



El filibustero William Walker pretendió fundar la República de Sonora, pero fue expulsado por las autoridades mexicanas.

lograron expulsarlo finalmente en 1854. El Presidente Pierce, exhortó a las autoridades californianas para que lo sometieran a juicio, pero el proyecto de Walker era popular en ese estado, por lo que no tardó en quedar libre y organizar una nueva expedición filibustera, esta vez hacia Nicaragua.

Aunque la defensa contra estas invasiones fue efectiva, para la débil República significaron gasto y daños. En algunos casos, a la agresión se agregó la injuria, pues más tarde, entre las reclamaciones norteamericanas a México, se incluyeron algunos de los daños infligidos a los malhechores durante su expulsión del país.

### **El asunto de Tehuantepec y el Tratado de La Mesilla**

Entre las instrucciones a Trist para firmar el Tratado de Paz se había incluido el libre cruce de Tehuantepec. Los comisionados pudieron evadir



Mapa del Istmo de Tehuantepec que muestra el trayecto propuesto del ferrocarril.

esa concesión, gracias a que desde 1842 Santa Anna había otorgado al empresario mexicano José de Garay, una concesión muy amplia para construir un ferrocarril en el Istmo de Tehuantepec. Poco antes de caducar la había traspasado a la firma británica Manning & Mackintosh, la cual a su vez la había vendido, totalmente caduca, a la empresa norteamericana Hargous Brothers de Nueva York.

El Gobierno mexicano, con toda razón, desconoció todos estos traspasos, toda vez que el contrato original no había cumplido con los plazos fijados. El hecho de que la ruta fuera considerada estratégica por el Gobierno norteamericano hizo que se le diera apoyo diplomático a Hargous en su reclamación.

México mantuvo su posición de considerar anulada toda la concesión, y para no ceder a la presión norteamericana, decidió ponerla a concurso. En éste se presentaron seis proyectos de los cuales el Gobierno mexicano eligió el del Coronel A.G. Sloo, de Nueva Orleans. La nueva concesión era menos extensa que la original y el Gobierno se había asegurado de que quedara definida claramente la soberanía sobre el territorio. Exigió, además, que el contratante presentara una garantía de 600,000 dólares. El contrato se firmó en 1853, con lo cual al presentarse Gadsden había dos pretendientes norteamericanos para la concesión de Tehuantepec, aunque el Gobierno norteamericano hasta ese momento apoyara oficialmente la concesión Hargous.

Para 1853, cuando Gadsden fue nombrado para negociar las reclamaciones y problemas que se habían acumulado. México experimentaba el quinto y último paso por el ejecutivo del General Santa Anna, llamado por los conservadores y orquestado por el monarquista Lucas Alamán. La nueva administración percibía claramente la amenaza que significaba aún el expansionismo norteamericano, ante el amago filibustero y las pretensiones sobre La Mesilla. Alamán se había multiplicado para buscar aliados entre las monarquías europeas, pero apenas si había conseguido una tímida simpatía en España. Santa Anna, por su parte, pretendía fortalecer el ejército con soldados europeos, sobre todo prusianos. La muerte de Alamán en junio, aplazaría el proyecto monarquista y dejaría al país en manos de un Santa Anna, más tiránico e irresponsable que nunca.

Gadsden llegó a México a mediados de agosto. Santa Anna todavía tenía esperanzas en lograr apoyo británico ante el peligro de una absorción total; mas la guerra de Crimea impedía que los británicos distrajeran su atención con los problemas mexicanos y a la administración de Santa Anna no le quedó más recurso que el Derecho Internacional. Gadsden había recibido instrucciones vagas de efectuar un "ajuste" de la frontera hacia el sur con

# Antonio Lopez de S<sup>ta</sup> Anna

Honorable de la Patria, General de Division

Don Alvaro de la Parra, distinguido Conde de Santalucia  
Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden Espanola de  
Carlos III. y Presidente de la Republica Mexicana.

A todos los que las presentes vieran salud:

Que habiendose concluido y firmado en esta Capital el  
dia trece de Octubre del año presente punto de mil  
ochocientos cincuenta y tres un Tratado de Amistad, Le-  
vantes y arreglo de paises entre la Republica Mexicana  
y los Estados Unidos de America, por medio de sus  
plenipotenciarios de ambas Naciones, autenticos del todo y no  
pudidamente, para este efecto, cuyo Tratado es en las formas  
y tenor siguientes:

En el nombre de Dios Todopoderoso

In the name of Almighty God

La Republica de Mexico The United States of America  
y los Estados Unidos de A - hacia el the Republic of Mex -  
ico

Por el Tratado de La Mesilla, el gobierno de Santa Anna vendió dicho territorio a los Estados Unidos y concedió a los norteamericanos el derecho de utilizar la ruta de Tehuantepec.



Visto y examinado dicho Protocolo en uso de las facultades que la Nación se ha servido conferirnos, aceptamos y ratificamos el referido Protocolo y prometimos cumplir de la Republica Mexicana cumplidamente y observarlo y lo que se contiene y observar.

Dado en el Palacio Nacional de Mexico, firmado de mi mano, autorizado con el Sello de la Nación y expedido por el Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, a los tres dias del mes de Enero del año del Señor mil ochocientos once y con el sello de la Republica Mexicana de la Independencia de la Republica Mexicana.

A. L. de S. M. A. M. A.

*[Signature]*

M. A. de S. M. A. M. A.  
 de S. M. A. M. A.

base a la imprecisión del Artículo 5 del Tratado de Guadalupe, el error del mapa de Disturnell y la necesidad de obtener La Mesilla para la construcción del ferrocarril interoceánico. No se mencionó el asunto de Tehuantepec, a pesar de la importancia que le había dado al tema el Presidente Pierce en su mensaje inaugural. Gadsden fundamentó su argumentación en la conveniencia de establecer "fronteras naturales" entre los dos países, que para él no eran otras que las marcadas por las Sierras Madres, pero cuando consideró que Santa Anna empezaba a doblegarse a sus insinuaciones, pidió instrucciones más precisas para proceder a la negociación. Las enviadas por el Secretario de Estado Jefferson Davis, fijaban como demanda mínima lograr "suficiente terreno al sur del Río Gila para facilitar la construcción de un ferrocarril transcontinental", junto a la anulación del Artículo 11 del Tratado, a cambio de una indemnización de 15 millones. Se advertía que una frontera "más natural" podría indemnizarse hasta con 50 millones, sobre todo si se aseguraba un puerto en el Golfo de California. Las instrucciones se enviaron a través de la casa de Hargous, la que no dudó en agregar el asunto de Tehuantepec a la agenda.

Gadsden mostró ser un hábil negociador. Combinó la amenaza que significaban para México "las fuerzas naturales" del Destino Manifiesto, junto a insinuaciones destinadas a despertar la codicia de Santa Anna. Durante las negociaciones llegaron noticias del desembarco de Walker en Sonora, que fueron interpretadas en forma diferente por Gadsden y Manuel Díaz de Bonilla, el Ministro de Relaciones mexicano. Gadsden temió que la amenaza fortaleciera al Dictador y dificultara su misión, por lo que solicitó la intervención de su Gobierno, para que ese tipo de expediciones no siguieran ocurriendo. En cambio el Ministro mexicano que había resistido las presiones de Gadsden, temió que el intento de Walker fuera el principio de una agresión mayor, lo que lo hizo flaquear. Esto, aunado a la falta de fondos, y a la disminución de las demandas territoriales de Gadsden, terminaron por convencer a Santa Anna.

El Tratado se firmó el 30 de diciembre de 1853 y además de anular el Artículo 11 del Tratado de Guadalupe, y ceder La Mesilla, otorgaba a Estados Unidos el derecho de navegación en el Río Colorado y en el Golfo de California. Preveía la formación de una comisión que revisaría las reclamaciones de Estados Unidos, entre ellas las de Hargous "cuya existencia legal México no reconoce". A cambio de tales concesiones, Estados Unidos pagaría 20 millones, de los cuales retendría 5 para pagar a sus reclamantes. Además de comprometerse a reconocer los títulos mexicanos de propiedad en el territorio cedido, los Estados Unidos se comprometían a colaborar en la supresión de expediciones filibusteras.

El Presidente Pierce, sin saber que la negociación ya se había concluido, el 18 de enero de 1854 publicó una proclama en la que excitaba a sus conciudadanos a no participar en expediciones filibusteras.

El Tratado tropezó con dificultades para su ratificación. El Presidente Pierce, desaprobó la inclusión de la reclamación de Hargous, pero lo envió al Senado, en donde causó gran controversia y terminó por ser transformado totalmente. El Tratado, corregido, redujo la extensión de territorio al mínimo requerido para la construcción del ferrocarril y, por supuesto, rebajó la indemnización a sólo 10 millones. La anulación del Artículo 11 del Tratado de Guadalupe se mantuvo, pero se insertó una provisión que reconocía la concesión Sloo, y el derecho de los norteamericanos a utilizar la ruta de Tehuantepec.

Ni Pierce, ni Gadsden quedaron satisfechos y confiaron en que Santa Anna lo rechazaría. Mas en México, la firma del infamante Tratado y el hecho de que Santa Anna hubiera asumido facultades ilimitadas, el derecho de elegir su sucesor y al tratamiento de Alteza Serenísima, había dado lugar a una verdadera revolución. Británicos y franceses, preocupados por la provisión referente a la ruta de Tehuantepec, instaron a Santa Anna a denunciar el Tratado, pero el Dictador, necesitado de fondos, y



James Buchanan, Presidente de los Estados Unidos llevó a cabo una abierta política expansionista y trató de reafirmar los derechos que se concedieron en el Tratado de La Mesilla.

aun sobre la desaprobación de su propio Ministro de Relaciones Exteriores, decidió aceptarlo. El 30 de junio de 1854 se intercambiaron las ratificaciones, y Santa Anna recibió el ansiado primer pago.

Cumplida su primera misión, Gadsden consideró que en adelante su papel se reducía a contrarrestar la influencia europea y empezó a aconsejar la intervención militar en apoyo de los liberales que luchaban por derribar el Gobierno santanista. El Gobierno se percató de su actitud intervencionista y solicitó su retiro, pero el Gobierno norteamericano la ignoró, con la esperanza de que el Ministro lograra otra compra de territorio. Mas Gadsden había volcado toda su simpatía por los liberales y terminó por interrumpir toda comunicación con el Dictador. Después del derrocamiento de Santa Anna, no sólo se negó a reconocer al Gobierno provisional nombrado por los conservadores, sino que se dirigió a Cuernavaca donde se había instalado el Gobierno liberal, y fue el primer diplomático en reconocerlo el 10 de octubre de 1855. Esta era un conducta sin precedentes, pues hasta ese momento siempre se había considerado Gobierno de *facto* el instalado en la capital.

### **Los últimos intentos expansionistas de la Casa Blanca**

Los intentos expansionistas más peligrosos se habían originado en la Casa Blanca y entre los círculos políticos. Los dos presidentes de la década de 1850, Franklin Pierce y James Buchanan, sostuvieron abiertamente una política expansionista que pretendía emular el ejemplo de Polk. Ambos buscaron la manera de apoderarse de tanto territorio del norte mexicano como fuera posible y para ello no dudaron en utilizar cualquier pretexto u ocasión para presionar al Gobierno mexicano y conseguir su cesión o venta. Por ello el hecho de que la frontera definida en el Tratado de La Mesilla, haya probado ser permanente, parece milagroso. Los atentados expansionistas se hicieron más abiertos con James Buchanan en la Casa Blanca. Al igual que Pierce, Buchanan rechazaba el filibusterismo y lo consideraba contra toda "injusticia y honor". Ello no obstó para que en su condenación del primer intento filibustero de Walker, en Nicaragua, en 1858, subrayara su fe expansionista:

Está más allá de cuestionamiento el destino de nuestra raza a extenderse sobre el Continente de Norteamérica, y esto en un día no muy lejano, si los eventos permiten que siga su curso natural. La corriente de emigrantes fluirá hacia el sur y nada podrá detener su progreso. Si se le permite ir ahí pacíficamente, Centroamérica pronto

tendrá una población norteamericana que significará bendiciones y beneficios tanto para los nativos, como para sus gobiernos<sup>8</sup>.

Su llamado estaba dirigido a controlar la impaciencia filibustera, señalando como ruta el ejemplo de Austin en Texas. Pero su fe en el Destino Manifiesto no impidió que también intentara tratar de comprar territorio o de forzar su cesión en alguna forma. Así en las instrucciones turnadas a su Ministro en México, John Forsyth, subrayaba la necesidad de "reafirmar" los *derechos* de Estados Unidos sobre el Istmo de Tehuantepec. Se le instruyó a conseguir el uso perpetuo de cualquier forma de comunicación que se construyera. Pero se ampliaban los derechos de los Estados Unidos a tener el derecho de intervenir en caso de necesidad, asignándosele a México la obligación de proveer puertos en ambos mares. Entre las instrucciones también se le señaló negociar la compra de Baja California, Sonora y la región de Chihuahua al norte del paralelo 30, territorio por el que estaba dispuesto a pagar entre 12 y 15 millones. Los argumentos para "convencer" al Gobierno mexicano seguían siendo casi los mismo usados por Poinsett: lejanía de los territorios, escasa población, ataques indígenas y la amenaza del Destino Manifiesto, pues había que aclarar que la región pasaría inevitablemente a Estados Unidos. Y claro, no se olvidó de incluir la presión por el pago de las reclamaciones norteamericanas, mecanismo usado siempre para poner en aprietos a una Nación siempre corta de fondos.

Forsyth objetó el tenor de las instrucciones recibidas. En su opinión, la sola mención de venta de territorio amenazaba la estabilidad de cualquier Gobierno mexicano y consideraba absurdo ofrecer 12 millones por una extensión por la que a Gadsden se le habían autorizado 30. Todavía más objetable le parecía que se pretendieran amplias concesiones sobre Tehuantepec, sin indemnización alguna.

La actitud de Forsyth derivaba de haber elaborado un proyecto expansionista propio, que consideraba más conveniente para su país. Testigo de los acontecimientos y simpatizante de los liberales, pensaba que era fácil aprovechar su gran admiración por Estados Unidos para "americanizar" a México. Definía su proyecto como el establecimiento de un "protectorado" económico. En lugar del empeño por obtener territorios, hacía falta conquistar el mercado, la construcción de carreteras, apoderarse de sus recursos y riquezas. Este esquema, pensaba, tenía la ventaja de ofrecer algo a cada interés regional norteamericano, evitando los enfrentamientos políticos que venían amenazando su vida política<sup>9</sup>, al mismo tiempo que los riesgos de una anexión.

<sup>8</sup> Richardson, *op. cit.*, VII, 3000.

<sup>9</sup> Forsyth a Cass, octubre-noviembre, 1857. Olliff *op. cit.*, p. 93.

Poco después de su llegada, empezó a plantear su proyecto convencido de que

el momento parece propicio pues se puede aprovechar la angustiosa situación financiera por la que pasa México para cancelar todos los asuntos de la Legación con el gobierno y acometer objetivos de mayor interés para los E.U. No es fácil percibir cómo unos cuantos millones podrían desembolsarse de nuestras arcas con tan buenos resultados y tantas ganancias y ventajas<sup>10</sup>.

Para lograr éxito en su proyecto, Forsyth consideraba indispensable que se otorgara un préstamo a los liberales que les permitiera estabilizar su posición. Según Donathon C. Olliff algunos "puros" en especial Miguel Lerdo de Tejada, aceptaron el proyecto de protectorado económico. Según explica, obsecionados por la supremacía del Estado, eran menos sensibles a un nacionalismo económico y tal vez porque les pareció inocuo el término<sup>11</sup>. La idea original de Forsyth parecía un semicolonialismo, pero más tarde para venderle la idea a Buchanan, la planteó como un simple paso previo a una anexión parcial o total "por consentimiento mutuo", es decir, cercana a la alternativa favorita de los expansionistas<sup>12</sup>.

Forsyth no fue el único en abogar el establecimiento de un protectorado. El senador Sam Houston, que abrigaba ambiciones presidenciales, había tratado, el 16 de febrero de 1858, de lograr que el Congreso aprobara una resolución para establecerlo en México y Centroamérica, como un medio para "estabilizar y democratizar" la región<sup>13</sup>. El proyecto no progresó, pues los problemas entre norte y sur se habían agudizado y todo lo demás empezaba a ser secundario.

Forsyth estaba en el campo de los hechos y siguió adelante con sus planes. Dado su esquema de "americanizar" a México aprovechando la simpatía de los liberales, lo que lo llevó a enredarse en la política mexicana, con lo que, al igual que Poinsett, y más tarde otros embajadores, contribuiría a complicar los ya complejos problemas de la Nación. Pero su proyecto no daba resultados tangibles y Buchanan se impacientó. Cuando Forsyth se dio cuenta de que su puesto peligraba, trató de salvarlo mediante la ansiada compra de territorio, a toda costa. Para lograrlo abandonó a los "puros" y favoreció "candidatos débiles" en la presidencia, primero al moderado Ignacio Comonfort, y después, al conservador Félix

<sup>10</sup> Forsyth a Cass, 19 de diciembre de 1857. *Ibidem*, pp. 70-71.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>12</sup> Forsyth a Cass, 26-29 de septiembre de 1857, *Ibidem*, p. 93.

<sup>13</sup> Amelia W. Williams y Eugene C. Barker, ed., *The Writings of Sam Houston, 1813-1863* Austin, The University of Texas Press, 1938-1943, VII, pp. 33-34.

Zuloaga. Para sostener a Comonfort se esforzó en conseguirle un préstamo, pero como no lo lograra, no dudó en volverse al ultra conservador Félix Zuloaga, justificando su conducta ante sus amigos “puros” con la vieja tesis del Gobierno *de facto*: Estados Unidos reconocía al Gobierno que tenía el dominio de la capital de la República.

El 22 de marzo de 1858, Forsyth presentó al Gobierno de Zuloaga su propuesta de compra del territorio al norte del paralelo 30, con las amenazas usuales. La situación de los conservadores era precaria, pero ello no obstó para que el 5 de abril el Ministro Luis G. Cuevas, la rechazara en forma total. Al fracasar su nuevo intento, Forsyth volvió a defender la alternativa del protectorado como la más adecuada, pues de otra forma no quedaba sino el camino de la violencia:

¿Quieren Sonora? Sangre americana regada cerca de la frontera justificará el tomarla a manera de represalia al momento que México se niegue a pagar las consecuencias. ¿Quieren otro territorio? Dénme poder para presentar el ultimátum que exija la negociación de varios millones que México le debe a nuestra gente... y una flota que apoye la demanda y possibilítenme a exigir un tratado de cesión por una suma de dinero... ¿Quieren el tránsito por Tehuantepec? Díganle a México... danos lo que pedimos a cambio de los manifiestos beneficios que nos proponemos concederte o nosotros los tomaremos<sup>14</sup>.

Como el Gobierno de Zuloaga no le era útil, Forsyth buscó una confrontación, y para junio de 1858 rompía relaciones con el pretexto de un impuesto forzoso que tendrían que pagar todos lo extranjeros. Para entonces los conservadores habían pedido su retiro y Buchanan, que mientras tanto se había entrevistado con el agente de Juárez, empezaba a abrigar la idea de negociar con los liberales establecidos en Veracruz, por lo que ordenó su retiro.

Mientras tanto, la lucha en México era reñida. Los liberales controlaban las costas y el norte del país, pero su situación era apurada. No tenían reconocimiento de ningún país, enfrentaban falta de recursos porque la guerra civil había arruinado el comercio, así que la esperanza de que con la ocupación de los puertos se obtuvieran impuestos que permitieran financiar su lucha, había fracasado, y se encontraban necesitados de un préstamo, o la venta de una concesión, poco comprometedora para la Nación, para obtener financiamiento. Su desesperada situación los orilló a arriesgarse con una política delicada. Conscientes de la ambición norteamericana de obtener Baja California y Sonora, deslizaron la idea de

<sup>14</sup> Forsyth a Cass, 15 de abril de 1858, Olliff, *op. cit.*, p. 104.

que "cambios de frontera seguirían al reconocimiento."<sup>15</sup> Los liberales parecen haberse percatado del peligro de quedar enredados en sus propias redes y verse obligados a vender territorio, pero creyeron no tener otra alternativa.

Por su parte Buchanan, a pesar de los ajustes que le había obligado a hacer la recesión económica, mantenía las mismas metas expansionistas. En su mensaje de diciembre de 1858, mencionó todos los males que la guerra civil mexicana ocasionaban al comercio norteamericano y pedía autorización al Congreso para establecer un protectorado militar temporal sobre la parte norte de Sonora y Chihuahua, para evitar ataques indígenas (que por entonces amenazaban más bien en el noreste), y aseguró que los gobiernos de los dos estados aplaudirían la ocupación. Para fortuna de México, la situación de la política norteamericana estaba tan paralizada, que la autorización era remota, por lo que Buchanan se empezó a inclinar hacia el reconocimiento de los liberales<sup>16</sup>.

Para explorar la situación decidió enviar como agente especial a William M. Churchwell, a fin de informarse sobre las perspectivas del país. Churchwell visitó Veracruz y la capital, y opinó que los intereses de Estados Unidos estaban del lado liberal, no sólo por sus ideas progresistas favorables al comercio y a la inversión norteamericana, sino porque la necesidad de fondos los disponía favorablemente a ceder territorio. En su informe apoyaban la idea de Forsyth de establecer un protectorado económico en México.

Buchanan se apresuró a nombrar un Ministro en México en marzo de 1859, aunque todavía abrigaba dudas sobre el reconocimiento. En las instrucciones dejaba a discreción del nuevo Ministro, Robert M. McLane, tomar la decisión final sobre el reconocimiento del Gobierno *de facto* liberal. Las otras instrucciones insistían en la compra de Sonora, Chihuahua y derechos de tránsito en el Istmo y entre diversos puntos del norte y los golfos de México y California a cambio de 10 millones.

McLane llegó a Veracruz en abril de 1859, y no tardó en darse cuenta de que el optimismo de Churchwell distaba de responder a la realidad. Para empezar, el Ministro de Relaciones Melchor Ocampo, consideró que los acuerdos orales con Churchwell habían caducado, toda vez que la administración Buchanan no había extendido el reconocimiento al agente liberal en Washington, de acuerdo al compromiso. Con habilidad, Ocampo logró que McLane otorgara el reconocimiento oficial el 6 de abril de 1859,

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 111-112.

<sup>16</sup> Richardson, *op. cit.*, VII, 3045.



sin comprometerse a nada. El ministro tuvo que justificar su decisión con el hecho de que los liberales ocupaban los territorios que interesaban a los Estados Unidos: el Norte y el Istmo de Tehuantepec.

Los liberales pensaban que logrado el reconocimiento norteamericano podrían obtener abundantes préstamos. McLane, por su parte, confiaba en que una vez extendido el reconocimiento podría negociar la deseada venta. Las dos expectativas fallaron. Ocampo siguió una hábil estrategia y centró las negociaciones en la parte que consideró menos comprometedora, es decir ceder privilegios de tránsito a cambio de una amplia "alianza". Juárez llegó a aprovechar la exigencia de McLane de que garantizara la vida y los intereses norteamericanos en todo el territorio, para convererlo de la necesidad de una alianza que permitiera que los Estados Unidos ayudaran a los liberales contra las "fuerzas antidemocráticas".



Melchor Ocampo, Ministro de Relaciones, demostró una gran habilidad en las negociaciones con el gobierno norteamericano.

Poco a poco, McLane se convenció de que la venta de Baja California o de cualquier territorio sellaría la muerte del Gobierno liberal. Y en efecto, los conservadores desde su llegada a Veracruz, empezaron a acusar a los liberales de pretender vender territorio. De manera que se resignó a negociar sólo el tránsito deseado.

Los liberales, por su parte, enfrentaron la amarga realidad de que a pesar del reconocimiento norteamericano no lograron ningún préstamo. La situación era delicada y puestos contra la pared, los liberales decidieron adoptar las medidas drásticas que venía promoviendo Miguel Lerdo. En julio de 1859 el Gobierno de Juárez promulgó las Leyes de Reforma, que separaban la Iglesia y el Estado y nacionalizaban los bienes del clero. De inmediato, Lerdo, partió con rumbo a Estados Unidos, confiando en que con la garantía de los bienes de la Iglesia podría obtener los préstamos deseados, pero su misión tampoco logró éxito.

McLane y Ocampo ultimaron mientras tanto la negociación de un Tratado de Tránsito y Comercio y de una Convención para mantener el orden y la seguridad en el territorio de las dos repúblicas. El Tratado, que se conoce como McLane-Ocampo, cedía derechos perpetuos sobre el tránsito de Tehuantepec y diversos puntos de la frontera Norte con puertos en los golfos de California y de México, por 3 millones de pesos. Los dos documentos se firmaron en diciembre y se enviaron a Washington.

Por las mismas fechas, en su tercer mensaje anual, Buchanan volvía a pedir la aprobación del Congreso para emplear fuerza en México por "consideraciones humanitarias y comerciales". Y para establecer el control militar sobre Sonora y Chihuahua. La profunda división en los Estados Unidos protegía a México, pues el Congreso no autorizó, ni siquiera consideró la petición de Buchanan y tampoco aprobó el infamante Tratado.

Pero la alianza informal existente entre "puros", y Gobierno norteamericano, decidió en buena medida la guerra a favor de los liberales. Los conservadores habían comprado dos barcos en Cuba y estaban a punto de lanzar un ataque por tierra y por mar a Veracruz, cuando la flota de los Estados Unidos, en atención a la exhortación de Juárez de que eran buques piratas, los detuvo en Antón Lizardo y los remolcó a Nueva Orleáns.

Más tarde una corte de Nueva Orleáns declaró que la detención de los barcos había sido ilegal, pero su efecto sobre la guerra era irreversible: el triunfo de Juárez se había consolidado. El empecinado Presidente entraba victorioso en la capital en enero de 1861, pero no tardaría en enfrentar nuevas pruebas.



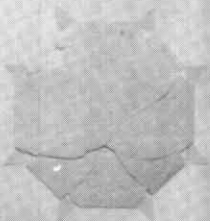
Durante el gobierno de Juárez fueron negados los préstamos de Estados Unidos.

**Benito Suarez**

Yo Benito Suarez, comerciante de los Estados Unidos de América.

El todos los que al presente existen, sabed:

Que yo me he comprometido a vender a los Estados Unidos de América...  
que yo me he comprometido a vender a los Estados Unidos de América...  
que yo me he comprometido a vender a los Estados Unidos de América...



El Tratado Mac Lane-Ocampo cedía a Estados Unidos derecho de tránsito por Tehuantepec y por diversos puntos de la frontera norte.

La década de 1860 fue trágica para los dos países. Los Estados Unidos presenciaron una sangrienta guerra civil y México una intervención francesa, para poner un monarca europeo en un Imperio establecido por la fuerza de las armas.

Con la elección de Abraham Lincoln a la presidencia, el choque entre el Norte y el Sur era inaplazable. Poco después de tomar en sus manos la Administración, Lincoln se enfrentó al enorme problema de someter a la Confederación establecida por los estados esclavistas. Era natural que la actitud hacia México cambiara. El expansionismo cedía lugar a otras prioridades y urgía evitar que México colaborara con los estados secesionistas. Así al ser nombrado nuevo Ministro en México, Thomas Corwin, se le instruyó comunicar el interés que tenía el Gobierno de los Estados Unidos en que México mantuviera "su completa integridad e independencia". Ahora las instrucciones del Secretario de Estado William Seward, eran de no presionar por las reclamaciones, sino llamar la atención del gobierno de Juárez de la amenaza que significaban las ambiciones expansionistas de la Confederación y los designios monarquistas europeos. Se pedía permiso al Gobierno mexicano para utilizar territorio mexicano en caso de ser necesario para detener los avances confederativos, asegurando que los Estados Unidos no tenían deseos de adquirir territorio mexicano, a menos que México prefiriera venderlo para evitar que cayera en manos del partido conservador<sup>17</sup>.

El mismo Seward no tardó en percatarse, como lo había hecho Forsyth, de que el tiempo de las conquistas y las anexiones había pasado y un poco después empezaría a predicar la importancia de la penetración económica. El representante del Gobierno de Juárez durante el Segundo Imperio, Matías Romero, se encargó de subrayar esa idea, en busca de inversiones norteamericanas en México. En general, los liberales mexicanos, admiradores del sistema norteamericano, soñaban con un desarrollo económico y un progreso semejante al de su vecino y favorecieron esa posición.

Los intereses de las dos naciones parecieron coincidir. Después de medio siglo de relaciones tormentosas, al fin de la guerra civil, los Estados Unidos recordaron la doctrina Monroe y protestaron por la intervención francesa en México, iniciándose un interludio de gran acercamiento entre los dos países.

Pero las heridas que había dejado el expansionismo probarían ser hondas y reaparecerían una y otra vez durante cualquier crisis y han permanecido como fuentes de fallas en la comunicación. Para los mexica-

<sup>17</sup> Fred Rippy, *op. cit.*, pp. 254-255.

nos ha sido difícil olvidar que su "terquedad" en reconocer la pérdida de Texas, vender California y Nuevo México, más el atraso en el pago de unas reclamaciones muchas veces injustas, le había costado la mitad de su territorio.